

EL AMIGO CATOLICO,

DEFENSOR DE LOS LEGÍTIMOS INTERESES SOCIALES:

RELIGION,

FAMILIA,

PROPIEDAD,

FUNDADOR.

DIRECTOR.

CENSOR ECLESIASTICO.

Dr. D. Manuel Gonzalez Francés,
Canónigo Magistral.

Sr. D. Antonio Soriano Barragan,
Presbítero.

Dr. D. Manuel Jerez Caballero,
Canónigo penitenciario.

Se publica todos los juéves en 16 páginas á dos columnas.—Precios de suscripcion 10 reales trimestre; 38 un año.—Redaccion y administracion: Sol, 135.

SECCION DOCTRINAL.

El único fundamento social.

El mundo ha visto deslizarse por delante de sí cincuenta y nueve siglos próximamente; y á pesar de tan larga experiencia, ésta es la hora en que aun no ha aprendido á gobernarse.

Saben los hombres que hay dentro de sus pechos una entraña delicada que se llama corazon, bueno en unos, mediano en otros y malo en muchos; que es la morada del sentimiento; que necesita una fuerza reparadora que armonice sus inclinaciones; que de él está pendiente lo que vulgarmente se llama la buena ó la mala vida, y que las acciones responden siempre á los impulsos de sus movimientos, resul-

tando buenas ó malas segun que nazcan de la bondad ó malicia, de cuyos gérmenes es depósito: saben todo esto y sin embargo, lejos de reprimir en lo posible y remediar en lo que cabe ese defecto que se nota en la naturaleza humana, parece que conspiran por ensanchar su esfera de accion temiendo coartar el libérrimo ejercicio de sus indisputables derechos. Quien así obra, afecta desconocer que los actos humanos son hijos de esa facultad del alma llamada inteligencia, y que se realizan mediante la voluntad impulsada por los sentimientos del corazon. Comprenden, sí, que es necesario vengar al bien de las violencias del mal y á la justicia de los insultos de la iniquidad para que luego resulte ese equilibrio social que contiene á cada hombre en el

límite de sus justos deberes y obligaciones; admiten al ménos teóricamente, que el poder de gobernar sin el derecho de castigar es una soberanía defectuosa y mutilada; fijan por último los derechos y los deberes del esposo, de la esposa, de los hijos, de los hermanos, de los criados, de los amos, del que manda, del que obedece y en general los de todo ciudadano segun su modo de ser en la sociedad, y á pesar de todo esto, ni las sociedades marchan por el camino que deben, ni el mundo ofrece mas que tristes espectáculos. La razon de este fenómeno se advierte desde luego en que la inteligencia lo mismo que el corazón no reciben su influjo de la única religion verdadera.

Podrá suceder que en un momento de vértigo se lance á la vida de los excesos el corazón formado segun el espíritu del catolicismo y que el hombre de mejores costumbres se convierta en un famoso criminal que vaya dejando en su camino las tristes huellas de sus errores, pero esto nada dice en contra de esa institucion divina que no sabe mas que inspirar nobleza, generosidad y pureza en el alma humana hasta elevarla á su mayor grado de santidad y perfeccion. El hombre viene al mundo con instintos hostiles á su propia formacion y con

gérmenes de mal que lo impulsan hácia la barbarie, y esto unido á las tormentas del alma, á las tempestades del corazón y á las amarguras de la vida, hacen necesario un influjo que reprima las inclinaciones naturales para que el hombre, caido del pedestal de la gracia y de la inocencia mediante la culpa de origen, se incorpore en lo posible á su estado primordial en el cual fué criado. Este influjo, este poder, este móvil no es ni puede ser otro que la gracia divina vinculada al ejercicio de la verdadera religion, que es la Católica, Apostólica, Romana. Y si aun entre los que están unidos por lazos visibles é invisibles á esa religion bendita puede ser que en momentos dados el hombre se olvide de sus deberes individuales, religiosos y sociales y turbe la armonía que debe existir en la sociedad, ¿que sucederá cuando el mundo no se gobierne por la moral santa, pura y austera del catolicismo, de esa religion santa que ha sabido igualar todas las desigualdades, hacer latir en todos los pechos un mismo corazón, humillar al César y levantar al esclavo? ¿Que ha de suceder? Que la sociedad fluctuando á todo viento religioso se inclina ya de un lado, ya del otro como planta sin fuerza para resistir el ímpetu del vendabal esperando constantemente

el momento de su ruina. ¿Quién edifica sin base? ¿Que edificio ofrece condiciones de estabilidad si está fundado sobre arena move-diza?

Todos los pueblos del mundo han reconocido la necesidad de fundar sobre la base religiosa para que haya estabilidad en los múltiples y varios gobiernos de que han hecho susceptible á la sociedad humana, y este unánime consentimiento no es un dato despreciable para los gobiernos que deseen inmortalizar sus nombres y perpetuar la política que representen. Pero si entre todas las religiones conocidas ninguna ofrece mayores garantías de estabilidad que la católica por ser la única verdadera, dicho se está que no habrá política mas segura ni gobierno mas duradero que el que se afianze sobre esa roca inmovible. Aunque no tuvieramos en cuenta la pureza inalterable de sus dogmas y su moral santísima y sí solo su conservación á través de diez y nueve siglos de titánica lucha contra sus poderosos y temibles adversarios, el mundo debería inspirarse en ella para conseguir la estabilidad que no encontrará seguramente, no decimos en la filosofía dudosa y vacilante de nuestros tiempos pero ni aun en las religiones absurdas, ya pequen por exceso de rigor co-

mo la musulmana con su «cree ó temato» ya por debilidad é impotencia como la luterana en donde cada individuo puede formar una secta separada apoyado en su espíritu privado.

La sociedad cuyo fundamento sea el espíritu del Coran, no puede esperar mas que una mano de hierro que la oprima y los miembros que la formen serán esclavos del poder, sin tener siquiera el derecho de quejarse, porque se lo impedirán las leyes y su propia conciencia. Resultado de esto: despotismo arriba, esclavitud y fanatismo abajo. Podrá suceder que una sociedad así constituida goce de una paz inalterable, pero esta paz será el resultado de la inacción en que está sumida y la corrupción devorará sus entrañas é inficionará sus miembros como se inficionan y corrompen las aguas del lago que carecen de movimiento. Si por el contrario, la base fundamental de un gobierno es el criterio individual que interpreta á su gusto la revelación consignada en los libros santos, tan fácil es morir de plétora de libertad como sentir el dogal al cuello: no hay fijeza en los principios y por consiguiente no puede haber seguridad en los efectos. Pero sí saliendo del campo religioso nos entramos en el laberinto de la filosofía, ¿quien es

capaz de encontrar un terreno firme en donde pueda la razon asegurar su planta para fundar algo estable? Teniendo en cuenta que todos los sistemas filosóficos han muerto casi al mismo tiempo que sus fundadores, podrá deducirse desde luego la estabilidad de los gobiernos sobre ellos fundados. Tuvieron buen cuidado de encomendar á la posteridad el recuerdo de su memoria nombrando por sus sucesores los mas aventajados y queridos discípulos, pero aun así no consiguieron su objeto, porque los nuevos filósofos fueron los primeros en oscurecer la gloria de sus maestros enseñando nuevas doctrinas ó creando sectas diferentes. En la escuela Jónica, Thales dejó su puesto á Anaximandro; en la Itálica, Pytagoras á Aristeo; en la Eleata Xenófanes á Parménides, y en las demás escuelas, Zenon á Cleantes, Aristóteles á Estravon, Dyrion á Tymon y Epicuro á Hermacho. La Itálica se perdió en tiempo de Tydas y la Jónica estaba ya abandonada cuando floreció Sócrates, contando entre su nacimiento y decrepitud poco menos de dos siglos, puesto que empezá á contarse el año 3.º de la Olimpiada 49 y termina en la 90. La mas permanente fué la Epicúrea que duró por espacio de 237 años y sin embargo hace

ya muchos siglos que desapareció.

A esta caducidad filosófica podrán oponer los modernos pensadores el perfeccionamiento sucesivo de las escuelas impulsadas en primer término por el odio hacia el politeismo y sostenidas despues por la sagacidad herética hasta empujarlas al racionalismo contemporáneo, durante cuyo tiempo ha podido la sociedad recibir su perfeccionamiento gradual en todas las esferas, pero este razonamiento no conduce al fin apetecido, porque si la base es la razon y no la revelacion, conocemos bien sus extravios para dejárnos seducir de sus mentidos encantos. Primero es buscar á Dios que no se puede mudar nunca á menos que deje de ser Dios y despues su ley santa, invariable tambien como Él. Esa ley no está escrita mas que en el código del catolicismo; luego si queremos que la sociedad esté basada sobre el único fundamento sólido, hagamos que el mundo reciba su impulso de ese móvil divino.

Vicente Catalina.

SECCION DE VARIEDADES.

EL SAGRADO CORAZON.

Recomendamos á las meditaciones de los libre—pensadores este hecho, acerca del cual parece que quieren no hacer caso, aunque no dejan de hablar de él á cada momento:

«Hace dos siglos, en un pequeño convento de Francia recientemente construido, vivía una joven religiosa de condicion humilde, sin parientes, sin relaciones en el mundo, sin literatura, y sin nada de particular, sino que, como á muchas otras religiosas, Jesucristo se le aparecía, lo que no es raro, en todo tiempo. A pesar de estas apariciones, reunia todas las condiciones deseadas para vivir desapercibida, y morir desconocida, como una gota de lluvia caída del cielo en la mar. Sin embargo, esta desconocida religiosa tiene una historia, y su nombre, despues de doscientos años, hace bastante ruido entre los hombres.

Se llamaba la Santa Alacoque. Corneille, Moliere, Racine, La Fontaine, madama de Sevigné, Ninon de Lencles, Bossuet, Turenne y tantos otros ilustres, que vivian en su tiempo, jamás oyeron hablar de ella. Hoy, todos aquellos que conocen estos nombres célebres, conocen tambien el nombre de la Santa Alacoque, y otros muchos lo pronuncian todavía con una veneracion, que no han cono-

cido jamás sus grandes contemporáneos: ahora goza de un renombre popular é imperecedero.

Se puede dudar que en el porvenir se dispute acerca de los hombres que desempeñan en el presente un papel importante. Los niños que ven á M. Gambetta y á M. Thiers, ¿se acordarán de ellos cuando sean hombres? Y los franceses, los mismos franceses, hemos olvidado á nuestro Beranger, y las telas de araña comienzan á vestir las musas que fueron nuestras Sevignés.

Lo que ha hecho la gloria incomparable, dominante é inmortal de la religiosa de Paray, es el rayo que Jesucristo arrojó sobre ella y la palabra que le encargó por amor á la humanidad. De este modo había tambien amado el alma brillante de Santa Teresa; pero sin dejarle una prenda tan preciosa de su piedad por las miserias humanas. En la última aparicion verificada el 16 de Junio de 1675, descubriéndole su Corazon Sagrado le dijo: «Mira, he aquí este Corazon, que tanto ha amado á los hombres.»

Esta palabra dirigida en la sombra de un cláustro, no ha podido perecer. El cláustro no la retuvo cautiva, sino que, franqueando sus muros, no ha muerto despreciada en los caminos del mundo: entregada á los comentarios ignorantes ó malvados de los hombres no ha sido ahogada. El jansenismo, á quien infligia una herida

mortal, ha querido combatirla, pero perdió su ciencia tan potente entonces. La impiedad no ha tenido mejor éxito. Voltaire se opuso en vano. Seguramente se honraria inmerecidamente á Voltaire diciendo que sintió ó presintió la fuerza divina del golpe que la impiedad y la herejia recibían. Su vanidad y su ignorancia eran muy locas para admitir la divinidad de Jesucristo ó para creer que Jesucristo osase combatirla con ese desden. Que aun suponiendo la existencia de Dios, y á Jesucristo Dios una palabra oscura dicha á una oscura religiosa, para luchar contra el génio de Voltaire, valdria tanto como creer en el ángel que en una noche mató los 200,000 hombres de Sennacherib. Voltaire era completamente incapaz de un razonamiento que le condujese á creer que el Dios de los cristianos era mas sábio y más fuerte que él. Si admitía en rigor, *académicamente*, que Dios con una sola palabra habia creado el mundo, era bueno para ser dicho en verso y del Dios académico solamente; pero que el Dios de los cristianos no tuviese necesidad mas que de una sola palabra para cortar el torrente de Voltaire, Voltaire, en esto semejante á Sarcey, no lo creia, como hoy no lo cree Sarcey.

La vision de la Santa Alacoque no le parecia más que una locura *cristícola*, de la que se mofaba con sinceridad, seguido de todos los espíritus fuertes de la Francia.

Voltaire y los espíritus fuertes no impidieron al Sagrado Corazon caminar en Francia y en la Iglesia ni al jansenismo. tan grave, tan sábio y tan piadoso, tener convulsiones y morir. La escuela de Voltaire continuó las chanzonetas, hizo la revolucion, tomó al jansenismo la constitucion civil del Clero, y Dios, siguiendo la chanzoneta de Voltaire y de Federico de Prusia, tuvo una bella salida. Voltaire apareció vencedor. La revolucion no pareció inquietarse mucho de la Santa Alacoque. En París, siempre capital de la inteligencia, Voltaire estaba en el panteon y se tributaba un culto religioso al corazon de Marat. Todos los dias en una plaza pública algunos precursores *de nuevos proyectos* iban procesionalmente cantando: *¡Cor Marat sacratissimum, ora pro nobis!* El Corazon de Jesús no era todavía invocado mas que por un pequeño número de guillotizados. Sin embargo, los soldados de Cathelineau, de Bonchamp, de Lecure, de Charette, le llevaban sobre su pecho. Murieron, dice M. Larcey, y dice la verdad; pero cuando estos valientes murieron, Hoche aconsejó á los generales republicanos que fuesen á Misa, y para terminar, el Sagrado Corazon permaneció en el país.

Vino el imperio en seguida, y en verdad que no adoró al Sagrado Corazon, pero restableció la Misa, relegó á Voltaire, y abolió parte de la Constitucion civil. No

se advierte bastante, que desde el imperio y aun desde el 89, la Francia de Dios está reconstituyéndose. Sin duda es lenta la reconstitución; pero se cumple en todas partes. La revolución se hizo desde 1682 á 1789. Desde el 89 se reconstruye lenta, pero continuamente. Dios lleva piedra por piedra todo lo que necesita la Francia de Dios. ¡Qué le importa lo demás! El Sagrado Corazon crece, no se le advierte, pero desde 1675 no ha cesado de engrandecerse. Todo lo que es por él, crece con él y por él. Todo lo que no es por él, todo lo que se hace sin él ó contra él, cae. Esto es lo que nos inicia en muchos detalles que permanecen oscuros en las revoluciones subsiguientes, y aun en las mismas revoluciones. La restauración se constituyó sin el apoyo del Sagrado Corazon: colocó á muchos revolucionarios, á muchos volterrianos, fué muy galicana. Este renacimiento y esta recrudescencia del fermento malo y viejo, le fueron funestos. Dios concedió á todo esto medio siglo para morir ó porirse. Se recordó á Voltaire, se tuvo al crapuloso Beranger, deshonor de la Francia, y á otros cien. Los *cordicolas* «desempeñaron un bello juego.»

Cuatro ó cinco Gobiernos perecieron de muerte violenta, con mas ó menos vergüenza, teniendo sus Constituciones bien hechas. El último hará ciertamente época, y no se le acusará de haber sido cor-

dicola. El Sagrado Corazon resistió á esas convulsiones, á estas muertes, á todas estas catástrofes, de las que cada una le dió un crecimiento muy prontamente visible. No se puede negar que esto no sea en suma una devoción que se presenta bastante bien.

En cuanto á nosotros, sin duda deseamos mas; pero tenemos buena esperanza y estamos contentos.

La bienaventurada Margarita María, «Santa Alacoque», como ellos dicen, está sobre los altares, y esto ya es algo. No hace mucho que el Sagrado Corazon ha tomado las armas, y la Francia ha visto que estos soldados de Paray no la han afrentado. Ella levanta al Sagrado Corazon, «piadosa y penitente,» una iglesia, que quiere hacer, si no la mas bella, por lo menos la mas rica de París. Desde el frontispicio de esta iglesia se podrá ver, es verdad, la estatua de Voltaire; pero no aparecerá mas grande y elevada, que el librejo de Mr. Desonnar, el que con M. Sarcy forma al presente la fuerza y el honor de los anticordicolas. Se verá tambien la estatua de Juana de Arco, y quizá la de San Luis. Se verá tambien al gobierno ir á Misa por orden de los representantes del pueblo, lo que no se hace mas que en Francia. Y el ojo de la fé, que franquea el negro horizonte y atraviesa las montañas, no tendrá mucho trabajo en descubrir al Papa sobre su trono *per Francos*. ¡Marchemos, marchemos!

A despecho de las borrascas, todo va bien, y la reconstitucion de la Francia de Dios se cumple.

La Francia *regnum Marice* ha recibido del cielo como don algunas mujeres que en ninguna parte aparecen en semejante número ni con tal esplendor: Clotilde, que le dió á Clovis y el bautismo; Rade gunda, que le dió los monasterios; Blanca de Castilla, que le dió á San Luis; Juana de Arco, que le devolvió á si misma; Margarita María, que le ha trasmitido el Sagrado Corazon, es decir, un rayo de la Redencion.

Hènos aquí en el segundo centenario del 16 de Junio, en que Jesucristo, descubriendo su Corazon á su feliz servidora, le deci: «Mira, hè aquí el Corazon que tanto ha amado á los hombres.» Y el Soberano Pontífice, dirigiéndose al mundo que le suplica, le dicta una súplica, para que «todos aquellos que quieran consagrarse al Corazon de Jesús hallen en él un abrigo seguro, un remedio contra los peligros que amenazan á las almas, la paciencia en medio de las pruebas que asaltan hoy á la Iglesia de Cristo; en fin, en todas las agonías una confianza absoluta y un consuelo.»

Desearíamos saber como los libre-pensadores esplican razonablemente que la vision de la pequeña religiosa de Paray-le-Monial, muerta hace dos siglos, haya caminado tanto.

En cuanto á nosotros, nos pare-

ce que la súplica del Padre Santo es toda la explicacion posible, y que no hay otra que pueda contentarles. Convidamos á los libre-pensadores á tomar por guia en esta investigacion el pequeño libro piadoso que sin pretension alguna acaba de publicar uno de nuestros correligionarios de la prensa belga, M. Guillaume Verspeyen, abogado y redactor del *Bien Public*, de Gante, sujeto ademas muy distinguido. No se entromete en consideraciones científicas y teológicas, que muchos no comprenderian, pero es buen escritor, conoce su tiempo y tiene tanta piedad como buena fè; condiciones que son las mejores para instruir y las que mas falta hacen.

Luis Veuillot

ESTUDIOS RECREATIVOS.

Historia de una rosa contada por ella misma.

(Continuacion.)

—No me cogieron, respondió la voz grave con tristeza; era hermosa y me han reservado para siemiente. Mis aromas han pasado, los suspiros del aire deshojan mi corola, y mientras que se lleva mis ajados pétalos, veo caer en derredor de mis hojas mis hermanas cortadas por la mano del hombre. Muy pronto quedaré sola en este campo desierto y despojado de vosotras.

—Pues que estais segura de que no os cogerán, interrumpió el capullo, dejadme esconderme bajo vuestras anchas hojas. ¡Yo soy pequeño! aun no he tenido tiempo para hacer mi oracion.

Y listo, entreabiendo su flexible cabeza de repliegues, desapareció bajo el follage de la triste rosa.

—Pero, hermana, me gritó desde su abrigo, ven pronto; mira que los malos nos buscan; despáchate...

—Pero yo no quiero todavía ser cogida, dije con voz dolorida, tengo algo que hacer seguramente en este mundo: debo cumplir entero mi feliz destino.

—Aprende de mí, respondió la rosa triste, que para toda criatura, aquí en el mundo, la vida es corta y las asechanzas y padecimientos incesantes nos conducen á la muerte.

—¿Hemos sido criadas para eso solo? respondí yo; ¡padecer y morir! No valia la pena de nacer para esto: pero como sois vieja y triste todo lo veis mal. ¡La existencia me parece tan bella! ¡es tan brillante el dia! ¡la naturaleza tiene tantas sonrisas! yo quiero mi parte en esa alegría; yo tambien tengo derecho á ser feliz.

—¿Eres tú, pues, como esas rosas de cabeza loca cuyos deseos para el porvenir acabas de escuchar? Créeme y da valor á mi triste experiencia: no está la felicidad donellas la buscan.

—¿Pues dónde está entonces?

No la oí la respuesta; alzóse un rumor cerca de mí: [era el murmullo de las rosas que se despedían.

En el mismo instante dos robustos dedos me cogieron; sentí un vivo dolor y caí en medio de mis hermanas desolada y gimiendo.

III.

¡Horrible momento! violentamente arrancada de mi tallo, arrebatada del paterno campo y entre manos estrañas me veia perdida. ¡Ah! para una rosa que todavía no ha visto ponerse el sol es muy triste abandonar el suelo natal y sentir que se la escapa la vida cuando comenzaba apenas. Herida antes de haber podido formar, como mis hermanas, mi deseo para el porvenir, ignoraba cual habia de ser mi suerte.

—¡Dios poderoso! murmuré en el fondo de mi cáliz; tú solo sabes el destino que me aguarda en este mundo en que me arrojan. Yo no soy mas que una rosita abierta hace una hora: no me abandoneis en mi agonía. Vuestra omnipotencia que ha criado los cielos y sus maravillas, me dará un consuelo para el instante que me dais de vida. Nada de lo que ha salido de vuestras manos puede perecer. No me habeis criado sin objeto. Tú, cuyo oido percibe los deseos del mas ligero insecto oculto bajo la yerba, cuyo ojo cuenta los innumerables pobladores del aire, vela sobre mí y dá á una débil flor su momento de felicidad sobre la tierra.

A estas palabras se apagó mi voz: mi sávia se perdía por mi cortado tallo: sentíame desfallecer, no podía sostener mi desfallecida corola: mis hojas caían lánguidas á mi lado: mis pétalos perdían su color encarnado, y mis estambres inclinados sobre los filamentos debilitados dejaban escapar sus antenas que se desecaban: pronto perdí la percepción y el conocimiento de cuanto pasaba en derredor mio.

IV.

Volví á la existencia por una sensación de tal modo dolorosa, que me creí caída para siempre en el frío imperio de la muerte. Una mano que yo trataba de enemiga y acusaba de implacable; me sumergía para reanimarme en una agua pura pero helada. Me hallaba enteramente bañada, enteramente entumida.

—Dios justo, pensé ¿la rosa triste habrá dicho la verdad, y Dios me habrá criado para hacerme sufrir tan cruelmente? ¿Podría abandonar á su criatura? ¿Cuando le invocaba al nacer á la claridad del día, tenía mi corazón tan lleno de amor por él! ¿Si al menos un tibio rayo de sol viniese á visitarme como antes! ¿Qué mal he cometido para ser así castigada? ¿Mis débiles espinas jamás han herido á nadie, ni aun á las manos que me han cogido? ¿Es justo que yo padezca así?

De este modo murmuraba yo contra mi Dios, sin contener mis amargas quejas.

—¿Cuán pobre rosa, cuán inocente rosa era! Cuando me quejaba así entre gemidos rebelándome, no sabía que todos aquí en el mundo tienen su hora dolorosa que vivir y padecer, y que durante esta hora, la virtud, como el agua helada que absorbía mi tallo, adquiere mas fuerza para el tiempo que va á seguir.

Después he comprendido esta y otras muchas cosas todavía por la enseñanza que he recibido.

Sin embargo, me sentí trasportada á un lugar de grande agitación. Me hallaba en la ciudad; no se veían allí las nubes silenciosas, ni se oía el dulce movimiento del céfiro en las hojas ni el gorjeo de los pájaros, ni la perfumada voz de mis compañeras formaba agradable concierto; aquí todo es ruido, movimiento y desorden. Tuve miedo al pronto de aquel tumulto; después me habitué á él y tuve curiosidad de ver el mundo. Sentía renacer mis fuerzas, y volver á la vida mi ser: mi tallo estaba derecho y firme: levanté mi corola fresca, resuelta á tomar mi parte de aire, de sol y de alegría. Los hombres iban y venían, se cruzaban en todas direcciones con aire de grande precipitación; pero todo me pareció pálido y disgustante: aquella era la ciudad de que mis compañeras hablaban tanto, y me pareció una mansión atronadora, aturdida. Entre los que iban y venían, muchos se acercaron á mi lado: oía alabar mis atractivos. Mis hermanas reu-

nidas con otras flores que me eran desconocidas, pasaban de mano en mano. En poco tiempo desaparecieron. ¿A dónde iban? Sin duda irían á los palacios, á las fiestas, al lugar donde las llamaba el cumplimiento de su brillante destino ó porvenir. Pronto quedé sola entregada á mis reflexiones, abandonada, deshechada quizá. Y sin embargo, yo también había pedido á Dios, como ellas, mi instante de felicidad.

V.

Avanzaba el día; vino á colocarse delante de mí una muger, cuyos humildes vestidos, facciones afligidas y ojos llenos de lágrimas, revelaban la miseria y los pesares. Me contempló largo tiempo diciendo con tristeza:

—Tal vez esta rosa alegrará á mi hija triste y enferma: ¡pero soy tan pobre!... ¡tan pobre! ..

Y se marchó.

Estas palabras habían conmovido el corazón de la florera. Las buenas gentes del pueblo se ayudan mutuamente: llamó á la muger, y mediante algunos ochavos, feliz y reconocida, me llevó consigo.

¡Así fui vendida... y vendida á vil precio... entregada á manos de la miseria!... me cubrí de rubor, y pensé que sin duda en aquel momento, colocadas en vasos preciosos de Sevres, y jarras del Japon, mis hermanas ostentaban á porfía sus brillantes corolas, en las sun-

tuosas mesas de los grandes. Comparé su suerte con la que el cielo me destinaba, y bajé mi cabeza humillada.

(Se continuará.)

SECCION DE NOTICIAS.

El día de San Pedro ha tomado posesion, en esta Santa Iglesia Catedral, de la canongía para que ha sido nombrado por S. S., el digno y celoso Cura propio del Sagrario de esta Ciudad, Sr. Don Pedro García Llergo, á quien felicitamos cordialmente por la dignidad á que ha sido elevado.

* *

El Papa ha trasladado á fines del corriente mes el Consistorio que debía celebrar el 16 para proclamar el nombre de los cinco Cardenales reservados *in petto*. Los nombres de los designados por Su Santidad, son: monseñor Antici-Mattei, monseñor Nina, Dr, Vilesteschi, secretario de la Congregacion de Obispos, monseñor Randi y monseñor Bartolomeo Pacca, mayordomo del Pontífice.

Además nombrará el Papa á monseñor Serafini individuo de la Congregacion de Ritos.

* *

Se trabaja en este momento en el célebre taller de mosaico del Vaticano en la ejecucion de un gran retrato de Pio IX, desti-

nado, según se asegura, á adornar el campanario de la catedral de Londres. El autor del retrato es el ilustre mosaista M. Ubizi, el que, por orden del difunto monseñor Merode, ejecutó en 1867 el retrato igualmente en mosaico, de D. Carlos de Alcántara, zuavo pontificio muerto entonces en Roma á consecuencia de las heridas recibidas en Mentana.

*
* *

El *Journal de Florence* hace el siguiente comentario sobre la noticia propalada por algunos de los allegados á Victor Manuel, de que el Sumo Pontífice ha escrito á aquel soberano una carta autógrafa relativa á la votación en el Senado de la ley sobre recluta del ejército, excitándolo á negar su sanción á aquella inicua ley;

«El Papa no ha hecho saber todavía si ha escrito ó no á S. M. Es verdaderamente caballero y verdaderamente monarca; es decir está dotado ámpliamente de delicadeza, de dignidad, de honor y de respeto; y no entrega su correspondencia á los periódicos.

En los 30 años que lleva de reinado ha escrito muchas cartas á los soberanos de Europa y si han llegado á ser conocidas estas cartas, ellos y no él son los que han hecho públicas estas cartas, adulteradas y falsificadas, algunas veces intencionalmente.

Sea de esto lo que fuere, es posible que el agosto y desgraciado

Pontífice haya escrito á Victor Manuel. No podemos negarlo ni afirmarlo, pero deseamos mucho - por bien del rey - que acceda, en caso de que así sea, á la súplica del Vicario de Jesucristo.»

*
* *

Monseñor Simeoni, Nuncio de Su Santidad en Madrid, es esperado próximamente en Roma.

*
* *

Dicen con fecha 9, que el Papa ha recibido á los Padres jesuitas Perry y Sitgraves, que habían sido enviados por el Gobierno inglés á la isla Kerquelen para observar el paso del Venus.

El Papa ha oído con agrado el relato de sus observaciones.

Los Padres Perry y Sitgraves fueron presentados en seguida á muchos Prelados, con los que conversaron largamente, contando los incidentes de su viaje.

Resumen de las materias que contiene este número.

SECCION DOCTRINAL.—*El único fundamento social*, por el Sr. D. Vicente Catalina.—SECCION DE VARIEDADES.—*El Sagrado Corazon* por Mr. Luis Veuillot.—*Historia de una rosa contada por ella misma*, continuacion.—SECCION DE NOTICIAS.

CÓRDOBA:
Imprenta de LA ACTIVIDAD,
Liceo, 41.